

# La Linterna


PERIÓDICO INDEPENDIENTE

SUSCRIPCIÓN.—Una peseta trimestre.  
Principios en Enero, Abril, Julio y Octubre.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN E IMPRENTA  
Vélez-Rubio, 21 (Almería)

ANUNCIOS.—Precios convencionales.  
Considerables rebajas a los suscriptores.

ALUMBRARÁ LOS CRESCIENTES Y MENGUANTES DE LA LUNA

  
EL SEÑOR

**D. Juan Palanques García**

Ex-adjunto de la Real Junta de Gobierno de Castellón, en Septiembre de 1870; ex-adjunto de S. M. el Rey con Diploma y distinción de Ciudadano honorario, en 1871.

FALLECIDO EN ESTA VILLA

en la noche del 2 de los corrientes, á los 70 años de edad, después de haber recibido con todo fervor los Santos Sacramentos.

R. N. P.

En vida D. Juan Ayén, sus hijos D.<sup>a</sup> Juana y D. Fernando, y demás parientes, pasados de lúmena amargura participan á sus amigos tan sensible pérdida y les suplican se sirvan encomendarle á Dios.

*Todas las misas que se celebren mañana, 16, en la Iglesia parroquial de la Encarnación, se aplicarán por el eterno descanso de su alma.*

## ¡VIAJEROS AL TREN!

Magnífica está la estación. El laurel y las flores cubren por todas partes. Cada viaje es el que se va á emprender, pero hay ánimo.

¡Viajeros al tren! grita una voz, y todos los que han de recorrer el viaje de la vida, se empaquetan en los coches.

¡Cuántos hay! ¡Qué facciones más distintas! Algunos jóvenes, pero éstos son sin duda, los que esperan mojes finas en el viaje. La inmensa mayoría muestra la faz raudoza y sonriente.

¡Viajeros al tren!  
Ya llegamos á la primera estación: la infancia. Muchos años de parada. Los viajeros se distraen por los alrededores del edificio y respiran el olor suave de los campos, y juegan y se divierten. Los instintos de los viajeros

comienzan á mostrarse en embrión. Este es egoísta; el de más allá generoso; el otro, ¡quién-sabe!, acaso será criminal.

Pero las diversiones continúan, los sueños de oro se suceden; el sentimiento puro de la infancia lo invade todo. ¿Quién piensa en el viaje que se ha emprendido? Las penas, cuando las hay, y las hay raras veces, duran un segundo. ¡Qué risas más francas y más espontáneas! Pero ¡ay! que son muchos, las tres cuartas partes de los viajeros, los que no pasan de esta estación. Por eso cuando el tren se dispone á partir, quedan muchos ojos arrasados en lágrimas. Gracias á que el dolor en esta edad no echa raíces en el corazón humano.

¡Viajeros al tren!  
Allá parte como una flecha la locomotora para la Adolescencia, punto

donde quiera llegar pronto los viajeros. ¡Y me acordé todo el expediente! Apenas se ve de vida, recorren los magníficos jardines que rodean la estación. A través de los bosques se dejan ver contornos de mujeres elegantes. Se hacen amistades duraderas, se ríe en todo y se sueña ya en el amor. Los juegos de la infancia con las aspiraciones de la juventud se confunden. La estimación entre los compañeros de viaje, es grande; llega á veces hasta el apasionamiento. Se llora sin saber por qué, y se ríe con la misma facilidad. Pero queréis permanecer aquí?—preguntáis á los viajeros.—No; adelante; contestan los que no se quedan abrazados á las enfermedades.

¡Viajeros al tren!  
¡Oh juventud, primavera de la vida! como exclamaba el poeta.—El tren llega á esta estación, á la de la juventud con una rapidéz vertiginosa. ¡Cuánta luz en el cielo, cuánto ambiente en la tierra! Las sendas son de flores; los compañeros, buenos; el amor arde en todos los pechos. ¡El amor! la suprema dicha, el único bien de que nos ha dotado la naturaleza. Y entonces se buscan los viajeros de ambos sexos y santificados por la religión, se unen en estrecho lazo. Es largo el camino que se tiene que recorrer, pero no se hace; dós van mejor que uno solo.

¡Viajeros al tren!  
«¡Luna de miel, cinco minutos!» grita el Jefe de la estación á los pocos instantes. Y los cinco minutos son la gloria terrenal.

La campana suena de nuevo. ¡Una hora no más de felicidad! gritan las parejas. ¡Una hora tan sola!... Y la voz impasible, invariable como la eternidad, vuelve á gritar:

¡Viajeros al tren!

El convoy camina ya entre paisajes nuevos risueños. Ya no es todo esplendoroso como al principio del viaje. Varios compañeros se quedan en la estación del Suicidio; alguno en la del Patíbulo. En muchos coches se oyen

lamentos. Los sitios dentro de los vehículos se van clareando; ya no es la aglomeración de al principio. Niños nacidos durante el viaje caen de los coches y desaparecen para siempre, mientras sus padres se arrastran el cable de desesperación y amenazan con el puño á algo invisible.

Y el tren camina y llega á la Edad viril, estación medio arbolada, donde hasta los empleados parecen estar consumidos por el dolor y la impotencia. La Ambición es la que reina en estos lugares y promete á los expedicionarios la dicha para más allá.

¡Viajeros al tren!  
¡Cuánto arenal! ¡qué planicies más abandonadas de la naturaleza! Apenas se ve ni un árbol, ni una flor. Los viajeros comienzan á hacerse esta triste pregunta: ¿Por qué viajamos? Mientras tanto la locomotora camina adelante... Y allá va, allá va atravesando las cortaduras del Tadio y los Túneles del Desengaño. Todo es triste, los lamentos son generales entre los desgraciados que tomaron pasaje. ¡Y qué largo es el trayecto! ¡Para llegar á la Estación de la Vejez falta tanto!

Pero ánimo, tal vez allá nos espere la felicidad... y allá va la máquina por países desolados, entre témpanos de hielo, y por último se llega á la Vejez; pero ¡cuán pocos son! ¡qué desconocidos están todos! Aquellas fazes risueñas, se han convertido en pargamino que se aprieta seco. Todos se apenan arrastrándose, quejándose, llorando. No quisieran viajar más; pero se oye la voz sobrenatural que les grita:

¡Viajeros al tren!  
¿Dónde vamos? A la última estación, á la de la Muerte. Maquinista, por Dios, pare usted; no queremos continuar. Y el tren camina con la velocidad de la luz, y allá va, allá va, sin oír las quejas de los viajeros, que ni aún aliento tienen para protestar. Entonces de todos aquellos atrofiados cerebros surge este siniestro por qué. ¿Por qué hemos viajado? ¿A dónde vamos? ¿Qué misión... qué fin es el nuestro? Y los que creen lloran y oran, y el tren corre y allá va, allá va; hasta que deja á los pocos viajeros que ya llevaba en la última estación: la de la Muerte.

J. O. ELIDAN.

FRAGMENTO...

¡Qué triste está el valle!  
¡Qué solo está el pueblo!  
Las hojas murmuran  
llevadas del viento;  
los pájaros callan,  
y el pueblo arroyado  
en las peñas se esconde, y palpita  
temblando de miedo.  
  
Los verdes cañares  
sus hojas moviendo,  
los silvas repiten

del soplo del viento;  
los altos cipreses  
llegando hasta el cielo  
se aprieten, y velan la tumba sombría  
de algún esqueleto.

¡Qué triste está el valle!  
¡Qué solo está el pueblo!

Las lápidas blancas,  
con cruces de hierro,  
que enseñan los nombres  
de aquellos que fueron,  
contemplan al mundo  
tal vez le diciendo:

¡aquí acaban las pobres quimeras!  
¡aquí están los génesis!

Aquí vienen todos,  
los sabios, los necios,  
los hombres que brillan,  
los pobres de ingenio,  
y todos iguales  
aquí están durmiendo,  
despreciando á ese mundo insensato  
que vive en el cielo.

Placeres, orgullos,  
mentidos ensueños,  
encantos que brillan  
y apáganse luego;  
¡que sois ante el magno  
sublime misterio,

que en lo ignoto sus alas despliega  
¡los astros moviendo!

Venid, y en las tumbas  
mirad vuestro espejo;  
mirad como pasan  
los granos del tiempo,  
la humana cabeza  
de nieve teniendo;  
mirad, y entretanto, ¡mirad que tran-  
quilos  
se quedan los muertos.

R. BLASCO.

EL TIEMPO.

—Déjame reposar algunos instan-  
tes. Apresura las horas de los que su-  
fren, que género de piedad es abreviar  
su vida; ¡en compasión de los que son  
dichosos; no les recuerdes con el apro-  
ximante rumor de los minutos, el térmi-  
no de su felicidad. Hoy que no cuen-  
ten las horas, que ya el contarlas es  
como caer del cielo.

El Tiempo.—Es preciso seguir. ¡An-  
dal!

—No te mueven mis súplicas? ¡He  
de abandonar para siempre estos lu-  
gares queridos, he de despojarme de  
mis ilusiones como los árboles de sus  
hojas?

El Tiempo.—Dios lo quiera. ¡Andal!  
—Fuerza es obedecer tu mandato.

Adiós parajes deliciosos de mi juven-  
tud y de mis amores. Adiós senderos tor-  
tuosos que conservais aún las huellas  
de los pies de la mujer amada.

Detrás de mi piédesse poco á poco en  
el horizonte el blanco caserío con sus  
pobladas alamedas, universo de mi in-  
fancia. Allí cuanto grado á la vida, el  
primer beso, la furtiva caricia, el eco  
de sus dulces palabras... Y es preciso  
huir, pasar como esas nubes que el  
viento hace huir delante de su látigo  
por la extensión inmensa de los cielos.

El Tiempo.—No te quejes; la misma  
felicidad repetida siempre, converti-  
ráse en dolor. Soy tiempo, pero soy  
también el olvido. Anda.

—Déjame siquiera llorar sobre las  
tumbas de mis muertos. ¿Ves esas cru-  
ces que bordean al camino? Ellas son  
como las piedras millares de mi vida.  
Padres, hermanos, amigos, queridos  
compañeros de peregrinación, adiós;  
es preciso marchar, marchar siempre.

El Tiempo.—¡Andal!

—Concedeme por Dios, llorar aquí  
sobre esta losa... ¿Ves ese nombre?  
¡Es el de mi hijo! ¡Quiero morir de  
llanto! ¡Oh! ¿No me arrancarás de es-  
ta tierra bendita que guarda toda mi  
alma?

El Tiempo.—Pasa y olvida.  
—Si no quiero olvidar! ¡Si para es-  
te dolor no hay más consuelo que el  
dolor mismo!

El Tiempo.—¿Insensato! ¿Crees que un  
solo dolor puede llenar el alma del  
hombre? Cuenta las arenas del mar ó  
las hojas del bosque; pero no intentes  
contar las penas que puede contener  
el corazón.

—Sigo fatigado mi camino, y siento  
que el peso de los años me quebranta.  
Caballos blancos hay en mi cabeza y  
frio de indiferencia en mi corazón.  
¿Qué distante mi infancia! ¿Qué lejana  
mi juventud! Hasta de la memoria se  
borra mi pasado. ¿Soy acaso el mismo  
que fui? ¡Oh! siento una halagadora  
esperanza. Toco ya el término de mi  
camino, y entonces dejaré de sonar  
detrás de mí esta voz irritante que me  
hace caminar sin tregua ni descanso.

El Tiempo.—Estás sujeto á mi ley.

—Mientes. Llegará la muerte, y ella  
es la libertad. Conozco el secreto de  
mi emancipación.

—¿Insensato! Eres la hoja seca, yo  
el huracán. En vano te quejas de tu  
cansancio. Todo lo que existe obedece  
mi mandato y camina delante de mi  
voz. ¿Crees tú que las olas del mar no  
están cansadas de ir y venir sobre el  
Océano? ¿Imaginas que los astros no  
están fatigados de su loca carrera?  
Pues aunque estallasen en el espacio,  
aunque quedasen reducidos á polvo,  
sus granos impalpables seguirían gi-  
rando sin término á través del espacio  
infinito.

—Me engañas. Morir y no ser, con  
la misma cosa.

El Tiempo.—Deliras. No se pierden  
ni el aroma de las flores, ni el brillo  
de la luciérnaga, y habría de aniqui-  
larse tu alma, imagen de Dios y soplo  
de su espíritu, como dices con orgullo.

«Anda, anda!» Casos que el sepulcro es el escocador? Te engañas. No es más que el repetido de una jornada que ha de repetirse al día siguiente. Inmenso es el tiempo, inmenso el espacio, eterna es la vida. ¡Anda, anda, anda!

**¡Pobre loco! (1)**

La noche era fría y serena como noche del mes de Enero.

En el oscuro cielo brillaban con intensidad las esas mismas viajeras, estrellas que parecen vigilar como los mitológicos ojos de Argos, la mansura de la luna tranquila, melancólica, solemne.

Las calles de la casa estaban desiertas; las puertas cerradas.

No se oía el paso firme del hombre malo que trasnochaba, ni la monótona voz del sereno que vigila.

No había en las aceras rodadores, ni acechaban detrás de las cortinas las mujeres comprometidas.

En los balcones, ni un buito blanco; ni un buito negro en las esquinas.

Dormía toda la ciudad con el peraraso sueño mortal.

Si alguien era infeliz lo era en silencio; si alguien era criminal lo era en la oscuridad.

El viento agitaba las ramas de los corpulentos árboles de la Alameda como si agitara las onduladas de un land y producía un sonido estridente, agudo, constante.

En aquella *opresiva soledad*, como ha dicho Ayala, había algo que llegaba a mi alma. En aquella noche al corazón agitado por las eternas luchas de la vida, parecía comunicarse al exterior y se dilataba en placenteras y dulces expansiones.

Cierta misteriosa delación en el silencio retrasaba mi vuelta al hogar y consentía mi marcha, cada momento más pisada porque sin darme cuenta de ello había recorrido casi todas las calles de la ciudad del Sol.

De pronto llegó hasta mí algo que era como lamento y música; cantar y queja; nota de armonía vibrante, incomparable, sentida.

Y escuché:

«Ni me tienes que pedir,  
Ni te tengo que pagar,  
Si yo te enseñé a querer,  
Tú me enseñás a olvidar.»

Pocos momentos después una pareja de guardias municipales salió de una estrecha y miserable calleja llevando una camilla al Hospital; en ella iba un hombre sin sentido; quizá desmayado, tal vez muerto, quizá muerto de hambre.

Todo tiene fin en este mundo, hasta la suicidad. En la sala de beneficencia, vi al hombre sobre un lecho.

Tania la faz demacrada, los labios

(1) Del precioso libro «Relatos Tristes» publicado por la «Biblioteca del Siglo XIX». Véase a 50 céntimos.

pálidos y secos, la frente más pálida todavía y llena de tempranas arrugas; los cabellos desordenados, negros, sin sin brillo y adornados de algunas canas, flores del cementerio que dijo el poeta; los pies heridos y desnudos; las manos hinchadas; la ropa que cubría el cuerpo del infeliz estaba gastada, raída, harapienta.

Llamado al médico, se dispuso a despertar la vida de aquel organismo inerte; todo fué inútil, había muerto y su muerte fué ocasionada por un aneurisma.

«Vea usted á este infeliz, me decía el doctor al abandonar el hospital; el amor le lanzó á la indigencia, el amor le volvió loco, el amor le ha costado la vida. Y dicen que amar es estar atacado de la fiebre de la inmortalidad.»

«¿Cómo! V. sabe?

«Sí; es la historia eterna, la historia de ese desgraciado. Amores contrariados que hicieron en su alma virgen más estragos que una tormenta antitropical. Amó á una ingrata y perdió mujer, hasta el punto de perder el juicio y posición social por ella; después, su eterna manía era la siguiente copla, que repetía á todas horas:

«Ni me tienes que pedir,  
Ni te tengo que pagar,  
Si yo te enseñé a querer,  
Tú me enseñás a olvidar.»

«¡Ah! sí; recuerdo haber oído esta misma noche esa sentida copla.»

«Pues no hay duda, amigo mío, era la eterna canción del pobre loco y con ella en los labios ha fallecido.»

Abandonamos el hospital y ya en la calle, al dirigirme á mi casa me dije:

«Estar enamorado es una torpeza.  
Estarlo de una mujer ingrata, una desdicha.»

«Estar enamorado de una mujer ingrata y perder juicio y vida por ella, un crimen.»

«Un crimen en que jamás se castiga á la criminal!!!»

¡Pobre loco!

Juan Pedro Beltrán.

**Cartera local y regional**

**Testimonio de gratitud.**—Lo enviamos muy sincero á los estimados colegas locales y provinciales por las sentidas frases que dedican al Director de este periódico con motivo del fallecimiento de su idolatrado padre D. Juan Palanques García (q. e. p. d.) nacido el 5 del corriente y también á los buenos amigos que verbalmente ó por escrito nos han consignado su sentimiento por tan irreparable pérdida.

Unos y otros han contribuido á confortar no poco nuestro ánimo en medio de la profunda aflicción en que nos ha dejado su tan rudo golpe.

El entierro tuvo lugar el miércoles de la anterior semana, seguido de un numeroso y lucido acompañamiento, resultando de aquel funebre acto una espontánea manifestación de duelo y simpatía á la memoria del finado.

A todos, pues, enviamos desde estas modestas columnas un muy sentido testimonio de gratitud.

**Publicaciones.**—El editor de la *Biblioteca del Siglo XIX*, cuya popularidad va siempre en aumento, nos ha remitido el 2.º tomo de su nueva colección «Los Grandes Autores».

Se titula *«Fior de Alissa y es»* debida á Lamartine.

Esta colección se halla muy bien presentada y su precio de una peseta el tomo lo hace asequible á todas las fortunas.

Véndese en Barcelona, Rambla de Cataluña, 123.

**Carreteras.**—Continúan paralizadas las obras de construcción de la sección de carretera de Vélez-Rubio á Lumbrenas, lo cual es un verdadero perjuicio para el público que espera impaciente la terminación de tan útil como necesaria vía de comunicación.

Llamamos la atención de quien corresponda sobre tan importante asunto, sin perjuicio de ofrecer ocuparnos con mayor detenimiento sobre el particular.

**Carta de recomendación.**—Acompañado de un atento B. L. M. del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación D. Raimundo Fernández Villaverde, hemos recibido un ejemplar de las *Instrucciones penitenciarias contra el celera*, redactadas por los doctores don Ramón Félix Capdevila y don Carlos María Cortezo, en virtud de encargo de aquel Ministro.

Agradecemos muy sinceramente el mencionado obsequio.

**Sabata.**—En la subasta de las obras de los trocos 1.º y 2.º de la carretera de Vélez-Rubio á María, cuyo presupuesto es de 225.895 pesetas, se han presentado tres proposiciones.

La primera de don Juan María Pérez en la cantidad de 225.700 pesetas; la segunda de don Francisco Vera en 172.640, y la tercera de don Nicolás Salmerón en 216.000.

La adjudicación se realizó en don Francisco Vera, como mejor postor.

**POR LA AGRICULTURA**

Dícese, y es mucha verdad, que el hombre cuando más estudia más conoce lo mucho que aún le queda que aprender.

Se dice también que no hay nada tan torco y presuntuoso como la ignorancia.

En efecto; vemos que el hombre ilustrado, no solo recibe con benevolencia, sino hasta con satisfacción la enseñanza de alguna cosa nueva que aumenta el vasto caudal de sus conocimientos; y, por el contrario, el hombre ignorante se ríe desdeñosamente de todo cuanto desconoce, rechaza con grosero desdén todo cuanto se intenta para ilustrarle, todo cuanto pueda ensanchar el pequeño círculo de sus conocimientos.

Pero entre los infinitos ignorantes que existen en todas las clases sociales, desde las más altas hasta hasta las más humildes, ninguno tan orgulloso con su ignorancia, como ciertos labradores de los pueblos pequeños y el jornalero rural;



no el aficionado inteligente y el agricultor observador y práctico.

Cualquier fabricante, cualquier obrero de las infinitas industrias que existen, recibirá sin enojo y ensayará sin mortificación para su vanidad las prudentes observaciones que se hagan, los atinados consejos que se le den; pero algunos labradores y el trabajador del campo rara vez hacen esto.

Creerán, sin vacilar, en brujas, duendes, fantasmas, mal de ojo, cuentos de vieja; creerán en todo lo absurdo, en todo lo inverosímil, pero no creerán en el progreso de las formas del cultivo, no creerán en las mejoras que se descubren casi diariamente para aumentar el producto del trabajo.

No se muestra el general tan orgulloso de sí mismo al frente de sus tropas, después de la victoria, como la generalidad de los podadores que sin piedad ni conciencia de sus actos, destrozán árboles y arbustos á los brutales golpes del hacha, ó á los torpes golpes de la podadora.

Luego fructificarán muchas las mutiladas plantas por haber perdido sus mejores ramas, sus más fecundas yemas; morirán en pocos años extenuadas por la falta de savia; pero cualquiera puede atreverse á decir que la falta de conocimiento, ha causado aquellos estragos; cualquiera puede meterse en aconsejar prudentes reglas, y se usé

de más perfectas herramientas; el labrador u operario se buelará del que tal cosa intentase, ó considerará los sábios consejos como injuria inspirada por la torpe envidia hacia su inteligencia y destreza.

Si apesar de esto hay alguien que tenga valor para insistir en la buena obra de enseñar al que no sabe, y le cite como ejemplo algún labrador vecino, que saca de sus heredades mayor producto, que extrae mejores aceites de sus olivos, y mejores granos de sus sembrados, le contestará como contesta siempre el ignorante, abandonado y rutinario, que es porque tiene muy buena suerte, ó por que su campo está mejor situado. Y si se piensa convencerle, haciéndole notar que siembra la misma semilla, que para su campo no solo utiliza los frutos propios, sino que compra los procedentes de distintas tierras, entre los que habrán figurado más de una vez los del mismo, no se dará por confundido seguramente, antes por el contrario contestará con el mayor aplomo: Esto solo puede hacerlo él, porque posee un secreto que dejó al fraile tal ó cual, ó que compró á un andarrios que pasó por el pueblo, ó que heredó su abuelo de un sabio que vino de América, ó de algún *sapo finchado* de catapanario convertido en idolo de trapo, que *ex-catedra* loquendo, como si definieran un punto de fé,

decían y aún dicen «de nobles es el no saber leer ni escribir.»

Y si se trata de su error, diciéndoles:

—Ya no hay en el cultivo secretos más que para los ignorantes que en ellos creen. Hoy todo es del demonio de todo el mundo. Estudiad, observad, aprended, proporcioaos algunas de las infinitas publicaciones dedicadas al progreso de las industrias y de la agricultura. Hay libros y periódicos que cuestan muy poco, (menos que los políticos) y os prestarán grandes servicios, en ellos hallareis la explicación clara y sencilla de lo que hoy consideráis misterio ó caprichos de la naturaleza; allí vereis en qué consiste el secreto del fraile ó de la rara avis que vino de América.

—¡Quíal... no, señor; déjenos V. de papeluchos que no sirven más que para sacar dinero; nosotros si leemos son los papeles mojados de las cabezas vanas que son les que privan. Ya sabemos cómo sembraban y labraban, y cómo vivían nuestros abuelos, y con esto nos basta. Y así está la agricultura en nuestro país.

Fray Nalesca.

**Ataque de Bómbas.** Hemos recibido un programa de los Juegos Florales que han de celebrarse en Guadalupe en el mes de Octubre y en que se señalan once premios para igual número de temas que la comisión ha propuesto.

Dip. de LA LINTERNA, Uruúta, 3.

ANUNCIOS.

MERCADO DE VÉLEZ-RUBIO.			
PRODUCTOS DEL PAÍS.— PRECIO DEL DIA.			
REALES CANELES		REALES PANEGA.	
Tiempo fuerte	39 á 50	Judías	68 á 70
Idem canela	45 á 44	Almendras	55 á 60
Opuntia	31 á 33	ARABES ARROBA	
Guandú	22 á 23	Vino	18 á 20
Lentajas	26 á 27	Acetate	43 á 44
Moré	28 á 30	Lima	43 á 44
Carbanzos	50 á 66	Pavatas (qt.)	15 á 18

BARRILES (Medida del País)			
REALES ARROBA		REALES ARROBA	
1.º Barilla	18'00	1.º cenical	17'25
2.º id.	14'50	2.º id.	12'50
3.º id.	10'50	3.º id.	9'50
4.º id.	8'00	4.º id.	8'00

**D. QUIJOTE DE LA MANCHA**  
por Miguel de Cervantes.  
Edición completa.—Un tomo 6 reales.  
Véndese en esta imprenta.

**EL SIN RIVAL ELIXIR DE FOSFATO DE CAL, QUINA Y PEPINA.**  
Como ninguna otra preparación conocida hasta el día, cura inmediatamente, la debilidad, diarreas atónicas, dispepsias, raquitismo, tisis y falta de desarrollo en los niños.  
**Sus magníficos resultados se garantizan.**  
Se expende en todas las farmacias.  
Depósito central, Farmacia del autor, D. Salvador Sánchez, Progreso, 6.—RONDA.—Se remite por el correo.—Despuesito al por mayor.

**BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX.**  
Tesoro de autores ilustres de todas las épocas y nacionalidades.  
**A 50 CENTIMOS TOMOS DE 200 PAGINAS**  
Publica las más grandes obras del ingenio humano y será como un archivo donde se conservara lo más sabio, lo más instructivo ó lo más sublime de todas las literaturas.  
En ella tienen cabida todos los géneros: la historia que enseña y corrige, el teatro que deleita y mejora, los viajes que instruyen y admiran, la novela que conmueve y distrae, la poesía que depura el corazón y sublima el sentimiento, la filosofía, la moral y la elocuencia que nos guían á la perfección; todas las obras que tengan por objeto un fin espiritual, artístico, recreativo, civilizador, instructivo y que brillen con los resplandores del genio, tendrán su lugar en esta Biblioteca.  
Los suscriptores de LA LINTERNA podrán adquirir cualesquiera de los tomos publicados á 50 centísimos uno en vez de 50.  
Van publicados 27 tomos, constituyendo cada uno de ellos una obra completa.